

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Christian Eli Christensen
Revolucionario
1914

Revolutionær

Christian Eli Christensen (12 de enero de 1882 – 10 de junio de 1960) fue un escritor danés y sindicalista revolucionario. Traducción y edición por La Conquista del Panda finalizada en abril de 2026 bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0. Si te gusta nuestro trabajo considera hacer un donativo.

es.anarchistlibraries.net

Revolucionario

Christian Eli Christensen

1914

Y por tus actos se sabrá si eres un hombre.

Puedo suponer con seguridad, ya que sostienes este papel en tu mano y dejas que tus ojos recorran estas líneas, que no perteneces a la masa que solo escucha lo que dicen los demás y no se atreve a tener una opinión propia.

Te considero un ser humano, un trabajador, con una voluntad sincera de comprender y asimilar las nuevas ideas que trae consigo el tiempo, y ahora te encuentras ante el concepto «revolucionario», una palabra aterradora para los oídos de los indiferentes, y te preguntas: ¿qué significa realmente esta palabra? ¿Qué concepto encierra?

Y podría darte una larga charla teórica sobre el significado de esta palabra. Sus matices cambiantes a lo largo de la historia, sus énfasis variables en los intrincados mundos de la filosofía, la moral, la economía, la política y el derecho, pero me ahorraré esta molestia y a ti esta decepción, porque no me entenderías y dejarías la revista a un lado con desánimo.

¿Y qué nos importa a nosotros, los trabajadores manuales, lo que piensen los filósofos y los juristas sobre los conceptos? Si entendemos de manera práctica, incluso física, lo que significa ser revolucionarios, somos nosotros quienes dictamos lo que deben pensar esos señores.

No, no queremos teorizar en un mundo y una realidad que se revuelca en mentiras cultas y contradicciones palpables entre la moral y la acción.

Dejaremos que los caballeros cultos parloteen y jueguen a ser revolucionarios con sus trajes diplomáticos en elegantes debates y conciertos de palabrería; mientras tanto, nosotros contemplaremos la vida misma con nuestros ojos pesados y serios.

Y aquí es donde te agarro con fuerza del brazo y te señalo a tu familia.

¿Quién se atreve a negar que tu padre y tu madre eran personas diligentes y ambiciosas, que trabajaron y lucharon desde que pudieron manejar una herramienta hasta que fueron tan viejos, gastados y destrozados que ya no pudieron más?

¿Y quién se atreve a negar que eran tan pobres el día que murieron como el día que nacieron?

Mantengo tu mirada fija en este hecho desolador y te pregunto: ¿Fue diferente para tus abuelos? ¿Es diferente para ti? ¿Y son diferentes las perspectivas para tus hijos?

Te digo que creo que tienes el valor moral para mirar de frente este grave hecho.

Ayer trabajaste y hoy también. Has trabajado y te has esforzado durante años, y sin embargo sigues enfrentándote al hecho de que corres el riesgo de ver a tus hijos pasar hambre.

No te considero una persona moralmente despreciable que pueda consolarse ante esta triste situación con el hecho de que tus hijos dependan de la caridad social para no morir de hambre.

Si perteneces a esta despreciable categoría de seres humanos, ve inmediatamente al asilo y pide tu número, porque nunca comprenderás esta revista y no perteneces al lugar donde se mueven las personas libres.

No, supongo que no solo eres consciente de tu desesperada situación, sino que además tienes el suficiente orgullo personal como para reaccionar ante ella.

Y si te atreves a mirar hasta el fondo del destino de tu familia, verás que durante siglos habéis sido esclavos de otros y que aún mantienes la postura de que tú y tu esposa solo vivís para ser esclavos de otros, que solo existís sobre la base de que creáis riqueza y bienestar para otros.

Y aún más profundo, que habéis traído hijos al mundo para que hereden vuestra esclavitud, tal y como vosotros la heredasteis de vuestros padres.

Mirad, os digo, mirad vuestra propia existencia, cuán triste y gris, cuán pobre en alegría y diversión, pero cuán rica en fatiga, especulación y privaciones de todo tipo.

Mira ahora mismo la vida de tu esposa, ¿no es la misma respuesta? ¿Y tus hijos?

Si tus pensamientos y tu sana vida emocional no están corrompidos por la decadencia de la familia, entonces tu alma debe levantarse con ardiente indignación contra la sociedad que ofrece tales condiciones a las personas diligentes y ambiciosas.

Y si reflexionas lógicamente, te darás cuenta de que la limosna no puede arreglar la situación. Quizás tus abuelos recibían ayuda para los pobres y quizás tú recibas el subsidio de desempleo, ¿y de qué ha servido? ¡De nada! No, la caridad o la ayuda en cualquiera de sus formas, cuando se concede para la mera subsistencia, no solo es una humillación, sino una sangrienta ofensa para el ser humano ambicioso y sano, cuyos sentimientos y pensamientos fundamentales son valerse por sí mismo.

Te das cuenta de que ha habido ayudantes humanitarios para los pobres y oprimidos desde quinientos años antes del nacimiento de Cristo, y que toda la caridad y la ayuda externa solo han conducido a una esclavitud desesperada que se ha prolongado durante generaciones y milenios hasta hoy, donde incluso las personas trabajadoras se enfrentan al hambre y al problema devastador de la ruina.

Si has aprendido de esto a comprender que todas las reformas no son más que una reparación de la antigua esclavitud, solo una mejora para que pueda seguir funcionando, entonces empiezas a comprender el concepto de revolucionario.

Si tienes en tu alma un anhelo de libertad, de independencia, del instinto elemental, incluso animal, de valerte por ti mismo, entonces comprenderás a los trabajadores cuyos corazones arden de odio hacia los elegantes sinvergüenzas que vienen a «ayudar» a los pobres. ¿Quién quiere a estos sanguinarios insultantes? ¿Acaso no nacemos con el derecho y el deber de valernos por nosotros mismos y por nuestra descen-

dencia? Tenemos el mismo derecho que los animales. Y estos insultos son doblemente sanguinarios, porque pretenden degradar al trabajador a la condición de esclavo dependiente que necesita ayuda.

¿Entiendes estos pensamientos?

¿Tienes manos que pueden trabajar y un cerebro que puede pensar, y aun así tienes que ser pobre?

¿Entiendes el odio ardiente que debe quemar en el pecho de todo ser humano pensante y amante de la libertad, cuya alma se ve violada en tales circunstancias?

Sí, si entiendes esto, entonces entiendes el concepto de «revolucionario», porque entonces su fuego arde en tu propia alma.

Y dejarás de lado cualquier esperanza de futuro en esta sociedad, y lucharás junto con otros trabajadores liberados para derrocar esta sociedad, para derribarla junto con su clase alta parásita y sus reformadores.

Verás que el futuro de tus hijos está en la revolución social y, con cada fibra de tu ser, con cada fibra de tu amor paternal y por todos los medios, tratarás de impulsar la revolución.

El pequeño niño grita en tu alma:

«¡Conviértete en revolucionario!».